

PARTO CON FORCEPS

EL país está de parto. Según dicen, la dictadura ha roto aguas y tres famosos comadrones, Fraga, Areilza y Garrigues, se pasan el día palpando el sagrado útero de la madre Patria y tratan de comprobar con miedo si la criatura democrática va a salir de nalgas o de cabeza, por el conducto reglamentario. Pero la dilatación, las contracciones del parto ya están en la calle. Bajas a comprar tabaco y te encuentras con una manifestación que pide amnistía; sales a tomar café y te tropiezas con un gentío que reclama la descongelación de salarios y grita libertad. Se suceden las huelgas, los mítines, las carreras, las protestas. La oposición ha tomado carta de naturaleza en las páginas de los periódicos. La ciudad, macerada por el veranillo de San Antón, bajo el fétido cielo velazqueño contaminado, parece una fiesta de cucañas pre-democráticas, un baile de debutantes, un cotillón inaugural. La madre patria va a parir, no se sabe si un nuevo feto orgánico o una robusta niña rubia y libre, pero va a parir. El agua caliente y los forceps ya están preparados.

Aunque hay gente que no se entera. Ayer me encontré con una manifestación. En el crepúsculo sangrante de la contaminación, en los aledaños de la Puerta del Sol, todo estaba preparado para el happening: las sirenas de los guardias ululaban en la atardecida, grupos enervados avanzaban gritando libertad, la brigada antidisturbios con el yelmo atenazado en el mentón cargaba contra los manifestantes, rasgaba el aire el sonido herido de los gases lacrimógenos, reventaban en la calzada las bombas de humo y la escena tomó muy pronto el perfil fantasmagórico de una gran nube confusa en la cual se movían como sombras dramáticas y enloquecidas los policías atacando, los ciudadanos huyendo, los automóviles detenidos haciendo sonar el claxon. Sin embargo, una dulce viejecita, con su abrigo de astracán, cruzó impávidamente la enrojecida humareda del altercado, se dirigió con mucha suavidad a un guardia, forrado de acero, muy metido en la brega y le preguntó si sabía donde estaban las rebajas del Corte Inglés. El guardia se levantó el yelmo de la barbilla y señaló con la porra hirsuta: ahí. La dulce viejecita de astracán, saltando entre bombas de humo, atravesando un nimbo de gases lacrimógenos con paso somnoliento se fue a comprarle unos calzoncillos a su marido. Porque esa es otra. Este parto de la patria nos tiene que traer la libertad para que media España pueda comprarle los calzoncillos a la otra media. ■ **VICENT**



AGATHA CHRISTIE

HA muerto doña Agatha a los ochenta y cinco años. Pere Gimferrer, con intuición de buen crítico, acaba de dedicarle un comentario-ensayo, en «Destino», que tiene la envergadura cultural de todo lo que hace el joven crítico y poeta catalán. Previamente a su muerte, doña Agatha se había llevado por delante a Hércules Poirot, que era algo así como su amante incestuoso, el hijo de sus entrañas literarias, con el que yacía en el lecho tipográfico de la novela, como Lola Gao con su hijo el furtivo en la vieja cama del crimen.

Agatha Christie era el dictador de Hércules Poirot, y los dictadores gustan de llevarse por delante a sus servidores más fieles. Se ha cumplido esta ley histórica. Pienso, por otra parte, que doña Agatha muere muy oportunamente, cuando los españoles, que durante cuarenta años no hemos leído otra cosa que novelas políticas, empezamos a leer a Tuñón de Lara, a Castilla del Pino e incluso a Marcuse. Nunca se había leído tanta novela de sangre en España como durante los cuarenta años de paz últimos, porque leer otra cosa estaba mal visto en general, y la censura, que no dejaba en paz a Graham Green o a Lawrence (por no salirnos de la literatura anglosajona); en cambio, era complaciente con la muerte, el horror y el crimen de doña Agatha, que ha sido, sin ella saberlo, la que ha llenado un vacío atroz en la vida española. Cuarenta años ignorando a los héroes de la Revolución y siguiendo las aventuras de ese pequeño héroe burgués de la middle class británica. Cuarenta años ignorando a Hegel, a Mailer, a Sartre, a Malraux, a Adorno, y leyendo a doña Agatha. Yo creo que la vieja lady inglesa (que entonces no era tan vieja, aunque siempre tuvo más de Hércules Poirot que de Miss Inglaterra) ha contribuido a la estabilidad del Régimen y el equilibrio de la mayoría silenciosa casi tanto como Girón o Fernández de la Mora, por poner dos ideólogos antípodas y unánimes de la ideología de Franco. ¿Qué hubiéramos hecho sin las novelas de doña Agatha?

La vieja muere cuando ya no la necesitamos para nada. Cuando empezamos a leer al Che Guevara y «El Don Apacible». Durante mi última estancia en Londres traté de localizarla y hacerle una entrevista. Quería decirle lo mucho que le debemos los españoles de mi generación en cuanto a distracción, alienación, apoliticismo, embrutecimiento y no me hable usted de la guerra. ■ **UMBRAI**

TRANQUILOS,
EL GOBIERNO CONTROLA
PLENAMENTE AL GOBIERNO

